

El Toboso, Dulcinea y el amor

Uno de los pueblos más sugestivos de La Mancha es El Toboso, que, por el encantamiento de la inmortal obra de Cervantes, se ha convertido en el centro universal del amor. Al aproximarnos a El Toboso, empezamos a sentir una agradable sensación de particular hechizo, percibiendo en lo hondo de nuestra alma la indudable influencia del sitio donde el hado del ensueño forma una densa "atmósfera" cautivante. Parece que aquí no ha llegado la moderna civilización con sus ruidos, contaminación y prisas. En sus calles estrechas y de casas blancas, se respira el ambiente de otras épocas. Parece que en cualquier momento fuéramos a encontrarnos con la figura desvaída de un caballero, manco de guerra, de porte hidalgo y traza pobre, que sabía mucho de letras y tenía delirios de fantasías novelescas, o tropezar con el mismísimo Don Quijote, acompañado de su fiel escudero Sancho, henchido aquél de tan exaltado amor, que casi ya no le cabía en el pecho. O ver a la sorprendente y sin par Dulcinea, de "*hermosura sobrehumana*", con todos los atributos de belleza que los poetas dan a una dama. No cabe duda que la imaginación se desborda al conjuro del misterio de amor en este singular pueblo.

Su origen se remonta a un poblado celtíbero que sufrió las vicisitudes de la conquista y dominación de romanos, bárbaros y árabes. Estos invasores reconocieron su importancia estratégica con diversas construcciones y la fuente de riqueza de sus feraces tierras. En la primera mitad del siglo XIII es liberado por los ejércitos cristianos y pasa a la jurisdicción de las Órdenes Militares. Enrique II, en 1339, le concede el título de "villazgo". Isabel la Católica (1491), le otorga fueros de feria y mercado, alcanzando su máximo apogeo y esplendor con los Austria, precisamente cuando le frecuentó Miguel de Cervantes, que llegó a ser para él un rincón inolvidable. En él conoció a una bella muchacha de pelo rubio y ojos azules, perteneciente a una acomodada e hidalga familia muy pegada a sus blasones, de la que se enamoró con inusitada vehemencia. Fue un amor imposible ya que ella y su familia, de clase social-económica bastante más elevada, le rechazó plenamente. Miguel de Cervantes era, a la sazón, un hombre que malvivía con un precario empleo de recaudador de tributos. A pesar de la desventura del lance, Cervantes la llevó siempre en su mente y en su corazón, la hizo, en versión de Dulcinea, la mujer más fervientemente adorada de toda la tierra y la dama inmortal, simbolizando la expresión del amor. Tuvo que ser un novelista de la genialidad de Miguel de Cervantes quien hiciera el milagro.

Eruditos e investigadores han conseguido aclarar el enigma, llegando a la conclusión de que Dulcinea fue una mujer de carne y hueso, de relevante atractivo y belleza, del El Toboso, y que se llamó Ana Dulce Martínez Zarco de Morales, perteneciente a una ilustre familia de este pueblo, si bien de procedencia burgalesa. Cervantes invirtió el nombre propio de la fémina, modificándolo en un solo vocablo: Dulcinea, la sin par protagonista de su inmortal obra.

Puede decirse que todo el pueblo de El Toboso tiene una acusada fascinación y hechizo. Constituye un museo informal de ambiente típico y pintoresco. Es delicioso pasear por sus estrechas calles, plazuelas y plazas, sus casonas hidalgas con antiguos blasones. Entre sus monumentos cabe destacar su Iglesia Parroquial, finales del gótico con mezcla de renacimiento; el Monasterio de las Trinitarias, siglo XIII, herteriano y barroco. Y monumento cultural es la extensa y única colección de "Quijotes" en todos los idiomas de nuestro planeta, algunos de ellos especialmente raros y de gran valor. Casi todos están dedicados a El Toboso por eminentes figuras de las letras, las ciencias y la política. Pero en donde la emoción se culmina de manera principal, es en la Casa-Museo de Dulcinea, la vivienda restaurada de Ana Dulce Martínez Zarco de Morales, una mansión solariega, con escudo heráldico. Consta de dos pisos, una torre cuadrada, de reminiscencias árabes, con tres grandes ventanales por cada lado, situada en la parte central del edificio. Tiene un amplio patio, jardín y corral con dependencias para lo que fueran labores agrícolas. Recorriendo su interior, la fantasía asalta nuestras mentes para transportarnos a los días de Miguel y Ana Dulce y, espontáneamente, hacemos diversas composiciones de lugar sobre la vida y forma de ser de esta joven toboseña, que encendió tan gran hoguera de amor en el corazón de este aventurero galán. ¿Qué escenas hubo entre los dos? ¿Se sintió Ana Dulce halagada por la pasión sentimental de aquel hombre? ¿Por qué le rechazó en definitiva? ¿Estaba enamorada de otro? ¿Qué recuerdo perduró en ella? Ana Dulce quedó en El Toboso y Miguel de Cervantes, con una enorme ilusión rota, siguió adelante por los caminos de polvo y sol de La Mancha, soportando una vida humilde y ajetreada. Pero, más tarde, llevado de su inspiración, supo plasmar este fabuloso amor en su conocido libro, haciendo de Don Quijote el más extraordinario de los enamorados y de su amada Dulcinea la mujer más hondamente cortejada, suspirada y anhelada.

Angel Las Navas Pagán